

## 25 de noviembre. Día de Acción Contra la Violencia hacia la Mujer

# Una reconsideración del cristianismo a la luz de la violencia \*

Mary Hurt

*En ocasión de esta fecha y este tiempo, CDD quiere estar presente a través de una reflexión profunda de las raíces culturales que perpetúan la violencia como una condición básica de las relaciones entre las personas y el poder de unos sobre otros.*

El cristianismo es una teología abusiva que glorifica el sufrimiento. ¿Es raro que haya tanto abuso en la cultura moderna cuando la imagen principal de la teología cultural es la del "abuso del Niño Dios"? ¿Dios Padre exigiendo y provocando el sufrimiento y muerte de su propio hijo? Si el cristianismo quiere ser la liberación del oprimido, primero debe liberarse de esta teología.<sup>1</sup>

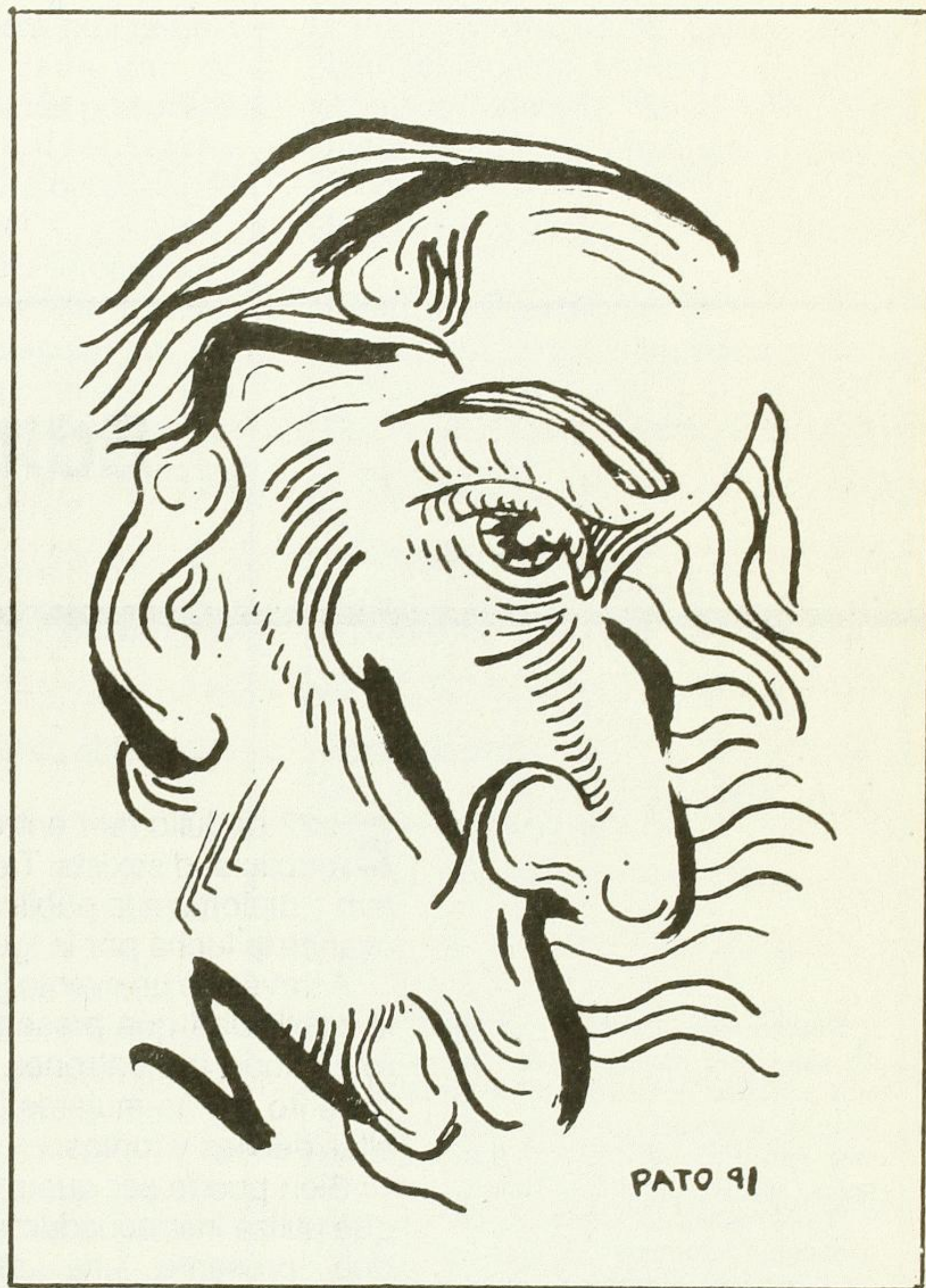
Así culminaron su innovador ensayo *For God So Loved the World?* Joanne Carlson Brown y Rebeca Parker. Aún recuerdo la experiencia de oír las enunciar esto, por primera vez, en una conferencia sobre la teología de la liberación. Yo estaba en el mismo panel y si bien no recuerdo el tema que expuse, sí recuerdo el impacto visceral de sus palabras en mí: dos pastoras metodistas y especialistas en la materia, expresando sus experiencias y presentando un trabajo juntas que nadie sobrentendía. La audiencia quedó electrificada por tan desafiante exposición y se presentía que algo "serio" se avecinaba.

Recuerdo el sentimiento experimentado, como si algo completamente nuevo se presentara a mi consideración, y por cierto que lo fue. Aún el rechazo a su desafío de mirar cuidadosamente el cristianismo para observar cómo éste podría conectarse con la violencia, me sacudía profundamente y me revelaba que se trataba de algo crucial. Por otra parte, la violencia aparecía tan extendida como algo contextual y no meramente episódica que exigía un nuevo enfoque, una mirada cuidadosa hacia el modo en que este contexto había evolucionado.

He llegado a la conclusión de que hay ideas del cristianismo que son abusivas y ciertamente glorifican el sufrimiento, y de esta manera ellas contribuyen al contexto de violencia.

Estas ideas deben ser dejadas de lado si lo que se desea es permanecer con honestidad dentro de la tradición, o bien se debe de dejar la tradición antes que ser cómplice de ella. Por supuesto que el cristianismo es algo más que el hecho de ser abusivo y ha llevado a algunos a tener vidas heroicas. Pero esta reciente, clara y violenta dimensión ya no puede ser dejada de lado si deseamos ser comprensivos en el análisis y erradicar la violencia.

\* Tomado de CONCIENCIA LATINOAMERICANA. Boletín periódico de Católicas por el Derecho a Decidir. Vol. III, No. IV-Oct./Nov./Dic. 1991.



Las teólogas feministas no retrocedieron en la crítica al sexismo dentro del cristianismo, una vez que éste se hizo obvio. Pero estas críticas de sexismo y racismo no han significado el éxodo total de las feministas de las iglesias y en cambio, han sido la ocasión de un serio trabajo de académicas/os y activistas que tratan de despojar de esas dimensiones a la tradición. Sí ha significado la pérdida de aquellos que se escandalizan por lo que han encontrado y se oponen al cambio; esto último es lo que ha caracterizado a las principales corrientes religiosas en los Estados Unidos. Tampoco la crítica de la violencia significa un vacío inmediato en los bancos de las iglesias, sino que, al igual que lo que sucedió con la crítica del sexismo y racismo, esta nueva confrontación a la violencia existente en el cristianismo, es la prueba de que el cristianismo es una fe viva.

Esta crítica demuestra que el cristianismo puede dialogar con las más profundas necesidades y deseos de nuestro tiem-

po, y que está suficientemente firme y asentado en su significado esencial y su valor como para poder tolerar modificaciones frente a las legítimas críticas que van apareciendo en su camino. Y si no tuviera esa fuerza moral, pregunto si es digno permanecer en él.

Una aproximación provechosa es someter todas las declaraciones teológicas a la pregunta: "¿Cómo esta idea cristiana elimina o exagera la violencia en nuestra sociedad?". En la medida que esta herramienta hermenéutica es parte misma del quehacer teológico y del compromiso ministerial, se vuelve participante activa del enriquecimiento de la tradición y del cambio social y no una inconsciente perpetradora de su violencia.

La sugerencia de Joanne Brown y Rebeca Parker de que la doctrina de la expiación puede funcionar como una legitimación para el abuso de niños y niñas junto al modelo del Padre pleno de amor que entrega a su único hijo por una razón tan excelsa y loable como es la salvación del mundo, constituye un análisis realmente desolador:

El mensaje (del sufrimiento como salvador) se complica más a través de la teología que dice que Cristo sufrió por obedecer al deseo de su Padre. El abuso al Niño Dios es exhibido como salvador y el niño que sufre "sin ni siquiera levantar una voz" es alabado como la esperanza para el mundo.<sup>2</sup>

Aún en el caso de que no podamos ser persuadidas por la esencia de este argumento, él nos indica el hecho de que símbolos e imágenes que ocupan un lugar central en nuestra cultura no son puestos en relación con la violencia. En una cultura patriarcal las que sufren más de este síndrome son las mujeres:

Esta victimización es precisamente la que se perpetua a través de esta teología y puede ser visto con claridad en las experiencias de las mujeres, tanto en la iglesia como en la sociedad, donde han sido asignadas a desempeñar un rol de sufrimiento y servilismo... Para poder ser nosotras seres completos, debemos rechazar la cultura que moldea nuestro abuso y separarnos de las instituciones que glorifican nuestro sufrimiento.<sup>3</sup>

La doctrina de la expiación no es más que la punta del iceberg. Ellas concluyen:

La resurrección significa que la muerte es superada en aquellos precisos instantes en que los seres humanos eligen la vida, rehusando la amenaza de la muerte. En el huerto de Getsemaní, Jesús saltó del sepulcro, cuando rehusó abandonar su compromiso con la verdad aún cuando sus enemigos lo amenazaron con la muerte. El Viernes Santo, el que ya había resucitado fue crucificado.<sup>4</sup>

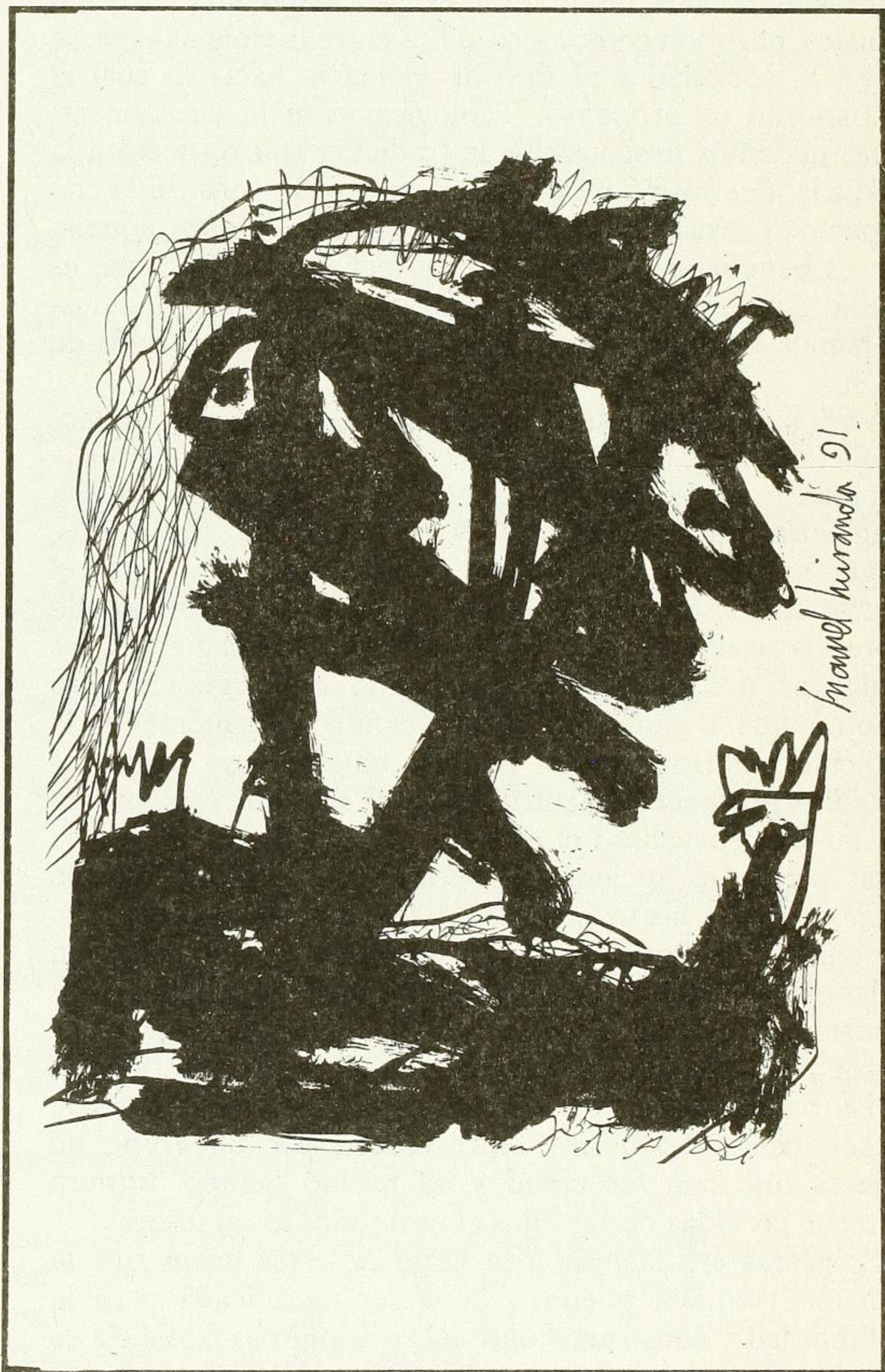
El así llamado relato de Pascua recibe ahora un nuevo giro que confirma el carácter normativo de la violencia, las diarias "amenazas de muerte" son parte de la trama de la violencia; y esta poderosa crítica lejos de colocar al cristianismo fuera del juego, utiliza fundamentos cristianos para analizar y superar la violencia.

La pastora y teóloga luterana, Rev. Dra. Karen Bloomquist establece el orden del día: "Hoy, nuestra primera prioridad es fortalecer a las mujeres para que resistan los golpes del patriarcado".<sup>5</sup> Tanto se ha enfatizado con la versión cristiana de "dar la otra mejilla" que esto ha conducido a lamentables consejos pastorales alentando a los sobrevivientes a aguantar

el abuso por el amor del "Señor" o de "Su Reino y Gloria por siempre y para siempre". Esto es demasiado para la pasiva, sufrida criatura que tiene el derecho de nombrar y acusar a su abusador, así como el derecho a esperar que tanto él como ella sean juzgados justamente, es decir, severamente, por el crimen cometido. Tanto se ha difundido el mal nacido consejo de "perdona y olvida" que éste ha conducido a muchos sobrevivientes a encerrar dentro de sí las experiencias que los han despojado de su dignidad. (...)

Otra noción importante que contribuye al contexto de violencia es la confusión entre dolor y placer. La feminista y especialista en Ética, Beverly W. Harrison y la teóloga feminista Carter Heyward exponen que:

El arquitecto fundamental de la identificación del dolor



con el placer en la cultura occidental ha sido la Iglesia cristiana con su antropología básicamente dualista... la antropología cristiana de los primeros tiempos establecía que el dolor -como privación del placer sensual- fuese aceptado como un elemento importante en la obtención de la alegría de la salvación.<sup>6</sup>

Ellas ofrecen una respuesta feminista al "masoquismo patriarcal cristiano" afirmando el placer e incentivando aquellas relaciones centradas en la sensualidad. Demasiado ha

obligado este consejo cristiano a la renuncia de las cosas del cuerpo, la negación de la carne, el control y la represión de los "apetitos básicos". Tal confusión ha negado y quitado a las personas la posibilidad de experimentar placer en nombre de la salvación, precio que muy pocos en este período contemporáneo están deseosos de pagar.

Las teólogas feministas han pasado de las críticas de un lenguaje e imágenes exclusivas que alguna de nuestras iglesias aún no aceptan, y de las exigencias de igualdad en el ministerio y en la toma de decisiones que nuestras iglesias aún rechazan y se han orientado hacia una crítica más fundamental de la esencia misma de la tradición que ha creado la exclusión y la desigualdad tanto en la iglesia como en la sociedad.

Ahora comenzamos a ver las conexiones -pero es demasiado pronto, en mi opinión, para denominarlas como casuales, pero son conexiones al fin- entre la violencia que se da en la sociedad y el tipo de violencia hacia la cual el cristianismo es propenso. Teológicamente la cuestión es: cómo podemos desconstruir la tradición con respecto a la violencia, del mismo modo que la hemos desconstruido con respecto al sexismo y al racismo y así poder utilizar aquello que es beneficioso para la vida y rechazar aquello que es dañino. Este es el orden del día que algunas teólogas feministas hemos establecido para nuestro trabajo en la década de los '90.

Varios ejemplos ilustran todo el espectro del replanteamiento que se está llevando a cabo: primero, en la teología sistemática estamos comenzando a cuestionar la propia imaginería de la muerte y resurrección de Jesús, preguntándonos si es saludable y dadora de vida o, por el contrario, no saludable y teñida de muerte. Construyendo sobre los resultados levantados en torno a la expiación, las feministas nos estamos cuestionando qué significa para nosotras que el símbolo y el sacramento fundamental de la tradición cristiana sea un hombre muerto cuya madre es forzada a presenciar su sufrimiento. ¿Transmite esta imagen de manera provechosa el mensaje que fortalecerá a las personas para que "diciendo la verdad sean libres"? ¿A qué intereses sirven las imágenes? ¿A los que tienen poder y se regocijan en la glorificación del sufrimiento o a aquellos sin poder que son mantenidos pasivos por miedo a que les espere el mismo destino de Jesús con tan solo una tumba vacía por consuelo? Dicho de otra manera, si las derrotadas escribieran la historia en lugar de los victimarios, no sería factible que la imagen central estuviera representada por un grupo de mujeres que con ferocidad y, al mismo tiempo, ternura protegen las vidas de sus hijos contra todos los agresores.

Es prematuro sugerir a lo largo de estas líneas que la tradición cristiana pueda o deba ser modificada pero la profundidad y constructividad del revisionismo feminista es mucho más profundo que las tarjetas navideñas con escenas de pesebres donde los ángeles aclaman: "Es una niña". Los cambios profundos que detendrán la marea de violencia, o mejor aún, que reconfigurarán el contexto de violencia en un contexto de paz, parecen aún incipientes en la tradición, y están esperando que esta generación de trabajo feminista se encargue de hacerlos obvios.


Otra preocupación sistemática está relacionada con el consejo de perdonar a nuestros enemigos como Jesús perdonó a los suyos, lo que la cultura llama "perdonar y

olvidar" para poder seguir adelante. Este consejo ha sido fuente de dolor, enfermedad y enraizó profundamente el daño hacia los muchos que han sido víctimas de aquellos cuyos nombres y rostros deben ser convocados y reconvocados tanto en aras de la salud de los sobrevivientes como en aras de hacer justicia. "Perdonar y Olvidar" es un consejo patológico en una cultura de violencia, que debe ser sometido a la misma hermenéutica teológica de la sospecha que usó la teología de la liberación latinoamericana para desconstruir la noción bíblica de "los podres siempre estarán con ustedes".

Por supuesto que este consejo no tuvo la intención de ignorar completamente los males perpetrados por nuestros victimarios pero las mujeres y los otros que han encontrado consuelo en la religión y no en la cultura han identificado como virtud el ser aceptadas de forma desapercibida para el beneficio de aquellos que desean que sus acciones sean borradas. De igual modo que la teología de la expiación, tal teología corre el serio riesgo de dañar a las personas que necesitan ser protegidas.

En los círculos católicos, por ejemplo, la dinámica de la confesión, el sacramento de la reconciliación, ha sido una ocasión tremenda para perdonar y olvidar. Las mujeres informan que cuando han sido abusadas sexualmente y han discutido esto con sus confesores, se les ha dicho que han sido ellas, y no sus violadores, las que estaban en falta. Esto se asemeja mucho al tratamiento que la cultura da a las sobrevivientes de violación e incesto; en un caso judicial reciente en EEUU se dictaminó que una niña había sido la seductora.

Durante un tiempo la confesión fue vista como "el psicólogo de los pobres", ahora nos queda muy claro que el mismo acto que pretendía proteger la confidencialidad también promueve el secreto insano.

Mucho más necesita ser desenterrado para poder declarar que el cristianismo es inherentemente violento. Pero como Marie Fortune enfatiza en su excelente libro sobre abuso sexual clerical, la mayoría de las iglesias no han estado a la vanguardia, junto a aquellos que intentan erradicar tales problemas. Solamente esto es ya, una razón suficiente, para repensar los fundamentos religiosos de la ética sexual. 

Tomado de la ponencia *Love Your Friends as you Love Yourself: Rethinking Ethics* presentada en la International Conference of Sex and Religion, Amsterdam, 20 de junio de 1991.  
Traducción de Alicia Tomalino.

Mary Hunt, Ph. D., Teóloga feminista y codirectora de WATER (Alianza de Mujeres para la Teología, la Ética y los Rituales). Integrante de la Mesa directiva de Catholics for a Free Choice.

1. Joanne Carlson Brown y Rebeca Parker, "For god so loved the world?", en *Christianity, Patriarchy and Abuse: a Feminist Critique*, ed. por Joanne Carlson Brown y Carole R. Bohn, New York: Pilgrim Press, 1989, pp. 1-30.

2. Idem, p. 2.

3. Idem, p. 3.

4. Idem, p. 28.

5. Karen L. Bloomquist, "Sexual Violence: Patriarchy's Offense and Defense", op. cit. ed. por Brown y Bohn, pp. 89-104.

6. Cf. B. W. Harrison y C. Heyward, "Pain and Pleasure: Avoiding the Confusions of Christian Tradition in Feminist Theory", ed. por Brown y Bohn, pp. 148-173, especialmente pp. 150-151.

7. Marie M. Fortune, *Is Nothing Sacred?: Ehen Sex Invades the Pastoral Relationship*, San Francisco: Harper and Row, 1989.